

ría se quedó detrás, en las cercanías de Gerarsdorf. Así permaneció tomando posición el 1.º y el 2 de julio, pero luego, viendo que los franceses no aparecían, imaginándose que no se intentaría el paso inmediatamente, y repugnándole tener en aquella llanura, en medio de un calor sofocante, su ejército espuesto á todas las privaciones, lo condujo á las alturas en que estaba acostumbrado á acampar. Mantuvo la vanguardia de Nordmann entre Enzersdorf y *Casa Blanca*, y el cuerpo de Kleinau en las obras de Essling y Aspern, aguardando una demostración mas seria para volver á bajar á la llanura y dar la batalla.

El 3 de julio no hizo otra cosa Napoleon que preparar definitivamente y en secreto, detrás de la cortina que formaban los bosques, el material de paso, y aguardar á las tropas que no cesaban de atravesar los puentes para trasladarse á la isla de Lobau. La aglomeración cada vez mayor de fuerzas podía divisarse desde lejos, y advertido el archiduque Carlos, ordenó el día 4 á la artillería de Aspern, Essling y Enzersdorf que tirara sobre la isla, para arrojar á ella bombas, ninguna de las cuales debía perderse, al caer en medio de semejante monton de hombres. Efectivamente, jamás se había visto en un espacio de una legua de ancho y tres de circunferencia, ciento cincuenta mil soldados, quinientas cincuenta bocas de fuego y cuarenta mil caballos, amontonados unos sobre otros. Por fortuna la isla era demasiado grande para que los proyectiles arrojados desde Essling y Aspern pudieran causar un efecto mortífero: para ello hubiera sido menester cañones de grueso calibre, como los que Napoleon había tenido la prevision de

poner en batería, mientras que el archiduque solo tenía en sus obras piezas de campaña. Sin embargo, las tropas de Massena, que eran las mas inmediatas al enemigo, perdieron unos cuantos hombres por las bombas.

El 4 á la caída de la tarde, Massena, Davout y Oudinot, cubiertos con la cortina de bosques, se acercaron á la derecha de la isla, y se colocaron, Massena frente á Enzersdorf, Davout algo mas abajo, frente á *Casa Blanca*, y Oudinot debajo, frente á los espesos bosques de la confluencia. El coronel de los marinos, Baste, ancló cerca de este último sitio con sus lanchas cañoneras, dispuesto á convoyar las tropas de desembarque, y á las nueve empezó á pasar el cuerpo de Oudinot. La brigada Courroux, de la division Tharreau, embarcada en las barcazas de que hemos hablado, y escoltada por la escuadrilla del coronel Baste, salió de los golfos interiores de la isla de Lobau, y se dirigió hácia los bosques de la confluencia. La noche estaba pesada, y el cielo, cargado de densas nubes, anunciaba una furiosa tormenta de verano, lo cual no podía menos que favorecer nuestra empresa. En pocos minutos se atravesó el brazo pequeño, aunque se ensanchaba al acercarse al grande, y desembarcando en la orilla opuesta, se hizo prisioneros á los centinelas enemigos que pertenecian á la vanguardia del general Nordmann, y en seguida se tomó el reducto de *Casa Blanca*, todo en un cuarto de hora, y costándonos unos cuantos hombres nada mas. Al instante se ató á un árbol designado de antemano la sirga, y las barcazas, comenzando sus idas y venidas, transportaron rápidamente el resto de la division Thar-

reau. En el mismo momento el capitán Larue, siempre secundado por el coronel Baste, llevó al punto señalado los materiales del puente que debía establecerse en el embocadero del brazo pequeño en el grande, y dirigió su trabajo de modo que lo terminó en menos de dos horas. Durante este tiempo la división Tharreau se tiroteaba en la otra orilla en medio de la oscuridad con las vanguardias austriacas, á las que no le costó trabajo rechazar, y las divisiones Grandjean (en otro tiempo Saint-Hilaire) y Frere (Claparede en otro tiempo), que completaban el cuerpo de Oudinot, se formaban en columna cerrada, esperando se echara el puente, para pasar cuando les llegara su vez y juntarse con la división Tharreau.

El mariscal Massena habia recibido orden de no empezar el paso sino cuando el general Oudinot tuviera muy adelantado el suyo, y hubiese tomado tierra en la orilla enemiga. A las once se puso en movimiento con las tres divisiones Boudet, Carra Saint-Cyr y Molitor, pues la de Legrand habia ya atravesado el rio entre Essling y Aspern. Quinientos volteadores embarcados en cinco barcazas, escoltados por el coronel Baste y conducidos por el valiente ayudante de campo Sainte-Croix, desembocaron del canal interior de la *isla de Alejandro* y atravesaron el brazo pequeño bajo el fuego de los puestos avanzados austriacos, que habian atraído los fusilazos de Oudinot. Arrostraron este fuego, y llegaron bien pronto á la orilla opuesta; pero como las barcazas abordaban á ella con dificultad, arrojáronse los soldados al agua hasta la cintura, unos para pelear cuerpo á cuerpo con los tiradores enemigos, y otros para llevar las barcazas á tierra.

Atada á un arbol la sirga, empezó la travesía, y se dió auxilio á los volteadores que luchaban con la vanguardia de Nordmann. En el interin, el puente de una sola pieza, dirigido por el comandante Desalles, salía del canal de la *isla de Alejandro*, se encogía para seguir las vueltas y revueltas de este canal, se desdoblaba despues de atravesarlas, y luego entregado á la corriente iba á pararse cincuenta toesas mas abajo á fin de dejar el paso franco á los materiales de los demas puentes. Unos cuantos pontoneros intrépidos avanzando en una lancha bajo el fuego de la fusileria enemiga, fueron á echar un ancla, sobre la que halaron el puente para enderezarle y colocarle transversalmente. Mientras que se le sujetaba fuertemente por la parte en que nos hallábamos, las tropas de la división Boudet se lanzaron sobre él para sujetarle en la otra orilla. Quince ó veinte minutos fueron suficientes para acabar aquella bonita operacion, y al punto desfiló el resto de las tropas de Massena para ir á tomar posesion de la orilla izquierda, antes que los austriacos tuvieran tiempo de oponer masas al ejército francés al tiempo de desplegarse.

El puente de pontones, y luego el de balsas, salieron sucesivamente del canal de la *isla de Alejandro*, pero en piezas separadas, y se los colocó mas arriba del puente de una sola pieza, á cien toesas unos de otros. El puente de pontones estaba destinado para la infantería del mariscal Davout, y el de balsas para la artillería y la caballería de los mariscales Davout y Massena, debiendo acabarse el primero en menos de dos horas y media, y el segundo en cuatro ó cinco. Los pontoneros trabajaban bajo un fuego continuo sin turbarse ni alfojar.

Una vez descubierto su proyecto, Napoleon mandó á la artillería de los reductos que empezara á tirar, en primer lugar para demoler la villa de Enzersdorf, de modo que no pudiera servir de punto de apoyo al enemigo, y en seguida para cubrir la llanura de mas arriba con tanta metralla que fuese imposible á las tropas de Nordmann mantenerse en ella. Igual orden dió, no solo á las baterías colocadas á la derecha de la isla, sino á las que se habian colocado en la izquierda hacia el punto primitivo de paso, á fin de aturdir á los austriacos con la simultaneidad de estos ataques. De pronto ciento nueve bocas de fuego del mayor calibre poblaron el aire con sus detonaciones, y el coronel Baste, recorriendo el Danubio con sus lanchas cañoneras, tanto por cima como por bajo de la isla de Lobau, se puso á disparar cañonazos donde quiera que veía fuego, hasta el punto de volver loco al enemigo mas tranquilo y resuelto. Bien pronto el cielo juntó sus estampidos á los de Napoleon, y la tormenta de que estaba cargada la atmósfera, rompió en torrentes de lluvia y granizo sobre las cabezas de los dos ejércitos. El rayo surcaba los aires, y cuando dejaba de brillar, millares de bombas y obuses los surcaban á su vez, precipitándose sobre la infeliz poblacion de Enzersdorf. Jamás habia presentado la guerra en su mayor furia un espectáculo tan espantoso. Napoleon, corriendo á caballo de un extremo á otro de la orilla en que se ejecutaba aquella prodigiosa empresa, todo lo dirigia con la calma, con la seguridad de que van acompañados proyectos largamente meditados. Sus oficiales, tan dispuestos como él, no se sentian en medio de aquella noche ni turbados ni embara-

zados, y todo marchaba con completa regularidad á pesar del granizo, la lluvia, las balas, las bombas, el rugido del trueno y el estampido del cañon. Viena, despierta con tan siniestros ruidos, sabia al fin que iba á decidirse su suerte, y que el pensamiento de Napoleon, con que se la habia amenazado durante tanto tiempo, estaba próximo á cumplirse.

A las dos de la madrugada ya tenia el ejército tres puentes, el de la confluencia, el de una sola pieza mas abajo de la *isla de Alejandro*, y el de pontones enfrente de esta isla. Oudinot pasó por el primero, Massena por el segundo, y dejó libre inmediatamente su uso al mariscal Davout. Las tropas desfilaron con rapidez y en columnas cerradas, no tardando Oudinot en tomar á la derecha los bosques de la confluencia, en rechazar algunos puestos de Nordmann, atravesar un brazo pequeño llamado de *Steigbieghh* por unos puentecillos de puntales, y dirigir su izquierda á *Casa Blanca*, su derecha á un lugarejo que se llamaba *Muhlleiten*. En estos diversos choques se apoderó de tres piezas de artillería é hizo algunos centenares de prisioneros. Algo mas á su derecha se hallaba el castillo fortificado de *Sachsengang*, en el que habia un batallon austriaco, y lo mandó cercar, acribiéndolo con disparos de obus. Durante este tiempo habia desfilado Massena con toda su infantería; pero no teniendo todavía sus cañones, se acercó á la orilla del rio, á fin de resguardarse con la artillería de los reductos. Bajo aquella artillería que alcanzaba muy lejos, no podia estarse en la llanura, de suerte que las tropas de Nordmann fueron retirándose poco á poco. El cuerpo del mariscal

Davout atravesó en seguida el puente de que se habían servido las tropas de Massena, y á todo esto continuó un horrible fuego de cañon destruyendo á Enzersdorf, cuyas casas se desplomaban en medio de las llamas.

Cuando la luz del dia iluminó las orillas del rio, á eso de las cuatro de la mañana, se presentó un espectáculo imponente á la vista de los dos ejércitos. La tormenta se habia disipado, y saliendo el sol radiante, hacia relucir millares de bayonetas y cascos. A la derecha aparecia el general Oudinot en la llanura, mientras que su retaguardia fulminaba disparos de cañon contra el castillo de Sachsengang. A la izquierda apoyábase Massena en Enzersdorf, cuya poblacion estaba ardiendo todavía, sin poder devolver el fuego con que se la acribillaba, pues al cabo de algunos instantes su artillería quedó apagada. El hueco que quedaba entre estos dos cuerpos, lo llenaba el de Davout, que habia pasado todo entero. Parte de la artillería y la caballería habia desfilado por el puente de pontones, y el resto se amontonaba en el puente de balsas, siguiendo la guardia imperial, para pasar cuando le tocara. Setenta mil hombres se hallaban ya formados en batalla en la orilla enemiga, capaces por sí solos de hacer frente á las fuerzas del archiduque Carlos. Bernadotte con los sajones se preparaba á desfilar despues de la guardia imperial; los ejércitos de Italia y Dalmacia, y la division bávara, trasportados durante la noche á la isla de Lobau, avanzaban por su parte, y todo marchaba con una homogeneidad maravillosa é irresistible. Los soldados, á quienes se prohibió que encendieran fogatas mientras duró la noche, para

no presentar blanco á los proyectiles del enemigo, y que estaban calados del todo con la lluvia, se enjugaban á los primeros rayos de un sol de julio, y algunos de ellos salian de las filas para ir á abrazar á parientes ó á amigos á quienes hacia años no veían, pues cuerpos llegados, unos del fondo de la Dalmacia, y otros de los confines de Polonia y España, se volvian á ver en aquel campo de batalla, despues de haberse separado en Austerlitz para trasladarse á las estremidades opuestas del continente. Bávaros, badenses, sajones, polacos, portugueses é italianos, mezclados con franceses, se hallaban en aquella cita de naciones, dispuestos á batirse por una política que les era estraña. El júbilo de nuestros soldados estallaba por doquier, aunque gran número de ellos no debian existir aquella noche. Animábanles el sol, la confianza que tenían en la victoria, el amor al triunfo y la esperanza de brillantes premios. Sobre todo estaban encantados con haber vencido al Danubio, y admiraban los recursos del genio que los habia trasportado tan pronto y en masa tan respetable de una orilla á otra de aquel gran rio. Así al divisar á Napoleon que recorria á caballo las filas, ponian los chacós en la punta de las bayonetas, y le saludaban gritando: ¡Viva el emperador! (1).

Con arreglo al mandato de Napoleon, debíamos apoderarnos á la izquierda de la villa de Enzers-

(1) Los pormenores que doy aqui no son invenciones de la imaginacion, que siempre me han parecido indignas de la historia. Los saco de una multitud de memorias contemporáneas, publicadas é inéditas, especialmente las de los mariscales Macdonald, Marmont, Davout, etc.

dorf, y á la derecha del castillo de Sachsengang, á fin de no dejar enemigos á la espalda, al desplearnos en la llanura. Algunas obras de campaña de relieve muy endeble cubrían las puertas de aquella poblacion, medio reducida á cenizas, y un batallon austriaco la defendia; pero casi habia agotado sus municiones, é iba á ser reemplazado por otro, cuando Massena ordenó el ataque. Sus dos ayudantes de campo, Sainte-Croix y Pellet, asaltaron una de las puertas de Enzersdorf con el 46.º, mientras que Lasalle envolviendo la poblacion con su caballeria lijera impidió fueran á socorrerla. La infanteria tomó á la bayoneta las obras levantadas en las puertas, entró en las calles, las cuales estaban ardiendo, y cogió al batallon enemigo toda la gente que no le mató, siendo acuchillados por la caballeria de Lasalle los hombres que trataron de salir.

Por su parte, el general Oudinot, despues de batir á cañonazos el castillo de Sachsengang, le intimó la rendicion, y el comandante, viéndose como anegado en medio de ciento cincuenta mil hombres, se entregó sin hacer resistencia. Desde entonces nada tenia ya el ejército en las alas que debiera inquietarle ó estorbarle, y podia desplegarse en la llanura enfrente del archiduque Carlos, ofreciéndole la batalla al pie de las alturas de Wagram. Este príncipe veia en aquel momento cruelmente burladas todas sus previsiones. Creyendo que los franceses pasarían, como la vez primera, á la izquierda de la isla, solo habia colocado á la derecha á Nordmann, sin apoyo de ninguna obra, y habia formado todo el cuerpo de Klenau detras de las trincheras de Essling y Aspern, de-

lante de las que no debíamos desembocar. Despues de semejante engaño no quedaba mas recurso á su vanguardia que retirarse, pues si se obstinaba Klenau, se le iba á coger la vuelta en los reductos de Essling y Aspern. A mayor abundamiento, el archiduque generalísimo, no juzgando todavía tan grave la situacion como lo era verdaderamente, creyó que solo se habia efectuado el paso en parte, que el ejército francés emplearia veinte y cuatro horas, cuando menos, para atravesar el rio y desplegarse, y que tendria tiempo de acometerle antes que estuviera en situacion de defenderse. Colocado en una altura al lado de su hermano el emperador, que le pedia cuenta de los sucesos, le dijo que era verdad habian forzado los franceses el Danubio, pero que los dejaba pasar para arrojarlos al rio. «Bien está, contestó el emperador con agudeza, mas no dejes pasar un número demasiado grande (1).» El archiduque Carlos, que no tenia ya otro remedio, mandó decir á Klenau que no se comprometiera, y se replegara en órden sobre el grueso del ejército.

Cuando Napoleon tuvo allende el rio las tres cuartas partes de su ejército, no pensó sino en ganar terreno á fin de poder formarse en batalla, y marchando con suma prudencia, ordenó varias precauciones antes de avanzar mas. Aunque tenia bastantes puentes para trasportar sus tropas de una orilla á otra, queria recibir mas pronto el material, y sobre todo tener muchos medios de reti-

(1) Este dicho notable quedó como tradicion entre los militares de aquella época.

rada para en caso de una desgracia. En su consecuencia mandó echar otros tres puentes, que añadidos á los cuatro echados en la noche anterior, hacian siete. Como todos los materiales estaban dispuestos iba á ser obedecido en unas cuantas horas: mandó ademas levantar igual número de cabeceras de puentes, unas de laginas, y otras de sacos de tierra, preparados de antemano, á fin de que alejándose como se alejaba el ejército, no pudiera verse privado de sus comunicaciones por una repentina invasion á la espalda. Por último, confió á un oficial escelente, muy conocido ya, y muy á propósito para la guerra defensiva, al general Regnier, la guarda de la isla de Lobau. Para ello le dejó siete batallones, dos de los cuales debian custodiar los puentes grandes, uno el de la confluencia, y otro los del brazo pequeño, formando los tres restantes una reserva en el centro de la isla. Por supuesto se dió orden de no dejar pasar á nadie al otro lado del rio, á no ser los heridos.

Tomadas estas precauciones, Napoleon empezó á desplegarse en la llanura, permaneciendo inmóvil su izquierda cerca de Enzersdorf y del Danubio, y marchando su derecha para aproximarse á las alturas de Wagram, con lo cual hacia un movimiento de conversion. Estaba formado en dos filas: en la primera se hallaba Massena á la izquierda, Oudinot en el centro, y Davout á la derecha; en segunda fila se veia Bernadotte á la izquierda, Marmont y de Wrede en el centro, y el ejército de Italia á la derecha. La guardia y los coraceros presentaban detrás una reserva soberbia. La artillería avanzaba sobre el frente de los cuerpos, mezclada con algunos destacamentos de

caballería. El grueso de la caballería, como husares, cazadores y dragones, estaba esparcido por las alas. Por último, Napoleon iba en el centro, tranquilo, pero naturalmente algo orgulloso con su poderío, y contando con una victoria segura y decisiva.

Continuó ganando terreno, girando siempre perpendicularmente sobre la izquierda, apartándose unos de otros los cuerpos que estaban en primera fila para ir dejando hueco á los que estaban en segunda, y desplegándose así todo el ejército en forma de abanico delante del enemigo, que se replegaba á las alturas de Wagram. Nuestra artillería tiraba marchando y todo, y nuestra caballería cargaba á la caballería austriaca cuando podia alcanzarla, ó se apoderaba de las retaguardias de infantería que se quedaban rezagadas. El cuerpo de Davout encontró en su camino la aldea de Rutzendorf, contra la cual no servia caballería; la mandó atacar con infantería y la tomó haciendo prisioneros unos cuantos centenares de hombres. La division francesa Dupas, que marchaba con los sajones de Bernadotte, tomó tambien la aldea de Raschdorf, en cuyo punto la caballería austriaca quiso sostener á su infantería, pero fué rechazada por los coraceros sajones, quienes al mando del ayudante de campo Gerard, (despues mariscal), se portaron valerosamente. Massena, que subia con lentitud por los bordes del Danubio, encontró en su movimiento, primero Essling, y luego Aspern, las cogió la vuelta y entró en ellas sin resistencia, retirándose el sexto cuerpo de Klenau por Leopoldau hácia Stammersdorf y Gerarsdorf. Así pues, lo atrevido de nuestra salida por la derecha derribó to-

dos los medios de defensa que el enemigo tenía en la izquierda, y no le quedaba otro recurso que disputarnos la llanura de Marchfeld, dándonos al día siguiente una batalla sangrienta. El 5 á las seis de la tarde, rodeábamos en toda su estension la línea de alturas de Wagram, habiendo perdido para ejecutar esta magnífica operacion, á lo mas unos cuantos centenares de soldados, puesto fuera de combate cerca de dos mil austriacos, y hecho en Sachsengang, Euzersdorf, Rachsdorf y Rutzen-dorf, cerca de tres mil prisioneros (1).

El ejército francés, que se habia desplegado en marcha, no formaba ya sino una larga línea de cerca de tres leguas, paralela á la de los austriacos, la cual era casi recta de Neusiedel á Wagram, pero curva en el centro hacia Aderklaa, y continuaba semicircularmente por Gerarsdorf y Stammersdorf hasta la orilla del Danubio. De Neusiedel, aldea dominada por una torre cuadrada, á Wagram, se estendian por una cuesta suave las alturas en que estaba acampada el ala izquierda del ejército austriaco, en número de setenta y cinco mil hombres, y protegida por un arroyo cenagoso, el de Russbach. Allí es donde se hubiera podido con el auxilio del arte, como ya hemos dicho, levantar trincheras invencibles, pero afortunadamente no se veía sino las barracas del campamento. En Neusiedel, es decir, á la extrema izquierda de los austriacos, se hallaba el príncipe de Rosenberg con la vanguardia de Nordmann y una numerosa

(1) Los boletines de esta jornada hablan de mayor número de prisioneros, pero es una exageracion calculada evidentemente.

caballería; no tan á la izquierda, hácia Baumersdorf, estaba situado el cuerpo de Hohenzollern, y acercándose al centro, en Wagram, el cuerpo de Bellegarde con el cuartel general del archiduque Carlos. Hácia aquel punto es donde la línea de batalla empezaba á encorvarse para juntarse con el Danubio, y donde cesaba la útil proteccion del Russbach. Los austriacos tenían en su centro mismo la reserva de granaderos y coraceros, estendiéndose en semicírculo de Wagram á Gerarsdorf. A su derecha tenían el tercer cuerpo bajo el mando de Kollovath, el 6.º mandado por el general Klenau, que acababa de retirarse de Essling y Aspern, y en fin el 5.º á las órdenes del príncipe de Reuss entre Gerarsdorf, Stammersdorf y el Danubio.

La línea francesa seguía exactamente las inflexiones de la línea enemiga. Delante del ala izquierda de los austriacos teníamos nuestra ala derecha, es decir, á Davout situado en la aldea de Glinzendorf, dando frente al cuerpo de Rosenberg, y Oudinot, establecido en la aldea de Grosshofen, en frente del cuerpo de Hohenzollern. En el centro se hallaba el ejército de Italia opuesto al cuerpo de Bellegarde. Volviendo á la izquierda, frente por frente á Wagram, se veía en la aldea de Aderklaa á Bernadotte con los sajones encargado de contrarrestar á la doble reserva de granaderos y coraceros, y, por último, enteramente á la izquierda, de Süssenbrunn á Kagram, las cuatro divisiones de Massena, destinadas á contener los cuerpos de Kollovath, Klenau y Reuss. En el centro, detrás del ejército de Italia y de los sajones, habia guardado Napoleon de reserva el cuerpo de Marmont,

la guardia imperial, los bávaros y los coraceros. Así en aquella vasta línea de batalla, recta, como acabamos de decir, desde Neusiedel hasta Wagram, y curva desde Wagram á Stammersdorf, los austriacos tenían su mayor fuerza en las alas, y la menor en el centro, puesto que la reserva de granaderos y coraceros formaba por sí sola el enlace de las dos masas principales. Nosotros poseíamos al contrario fuerza suficiente en nuestra ala derecha de Glinzendorf á Grosshofen, donde estaban Davout y Oudinot, y una muy módica en nuestra ala izquierda desde Stusenbrunn hasta Kagram, donde estaba Massena solo; pero una considerable en el centro entre Grosshofen y Aderklaa, puesto que en aquel parage, además del ejército de Italia y los sajones, había el ejército de Dalmacia, la guardia imperial, los bávaros y toda la caballería pesada. Esta disposición era seguramente la mejor, la que proporcionaba el acudir mas pronto á las diversas contingencias de la batalla, cayendo rápidamente á derecha ó á izquierda segun lo exigiese la necesidad, y la que permitia herir al ejército austriaco en la parte flaca, es decir en medio de la línea. Efectivamente, aquí lo mismo que en Essling, queriendo el archiduque Carlos envolver al ejército francés para impedirle que desembocara, se había debilitado en el centro, y presentaba en aquel punto sitio por donde pudiera penetrar la poderosa espada de su adversario.

Este estado de cosas que no podía escaparse al ojo tan esperto de Napoleon, le inspiró la tentación de acabar de una vez aquella misma tarde por medio de un acto decisivo que le dispensara de verter al día siguiente torrentes de sangre. Todos los in-

formes adquiridos indicaban que el enemigo no se sostenia en parte alguna, y se retiraba con estraña facilidad. En efecto, sorprendido el archiduque Carlos con la súbita aparición del ejército francés, no había tomado disposiciones de ataque, y dejando la batalla para la mañana siguiente, no había dado á sus vanguardias otra instrucción que la de replegarse. Napoleon, concibió pues, la esperanza, creyendo harto lijeramente lo que le decian algunos oficiales, que atacando de repente á la caída de la tarde la meseta de Wagram, se tomaria el centro del enemigo antes que hubiera adoptado suficientes medidas para defenderse, y que cortado en dos el ejército austriaco, se retiraria por sí, con lo cual quedaria reducido el fin de la campaña á perseguir con actividad y de un modo destructor á las fracciones de aquel ejército. No pudiendo el general en jefe ni verlo ni dirigirlo todo personalmente, tenia que fiarse de oficiales que eran unos medianos observadores, y que muchas veces tambien, como se va á juzgar, obraban sin concierto.

Napoleon mandó, pues, con una imprudencia que no correspondia á la admirable prevision desplegada en aquellos dias, tomar la colina de Wagram, contra la cual podian operar, Oudinot atacando á Baumersdorf, el ejército de Italia pasando el Russbach entre Baumersdorf y Wagram, y Bernadotte arrojándose por Aderklaa sobre el mismo Wagram. Efectivamente, con arreglo á la orden que recibieron, Bernadotte con los sajones y la division Dupas, Macdonald y Grenier con dos divisiones del ejército de Italia, y Oudinot con todo su cuerpo, avanzaron al anochecer hácia la posición de los austriacos. Oudinot marchó sobre Baumers-



dorf, la batió á cañonazos, la prendió fuego con obuses, y se esforzó en arrebatarla á las vanguardias de Hohenzollern, que tenian en el Russbach un medio poderoso de resistencia. En el lado opuesto, Bernadotte se precipitó con los sajones sobre Wagram, á la cual defendia un destacamento de Bellegarde, y se hizo casi dueño de ella, pero no lo necesario para pasar mas allá. Mientras que Oudinot y Bernadotte luchaban en las dos estremidades de aquel ataque para apoderarse de los dos puntos de apoyo del enemigo, Dupas y Macdonald en medio habia llegado al Russbach para atravesarle; pero este arroyo, profundo si poco ancho, ofrecia bastantes obstáculos que vencer. Dupas, con el 5.º de lijeros y el 49.º de línea, se arrojó á él al grito de ¡viva el emperador! En su premura algunos soldados que dieron en la parte mas honda se ahogaron, pero los otros triunfaron del obstáculo, formáronse despues de haberlo superado, y treparon por las cuestas de la colina bajo las balas y la metralla. Al ver los cuerpos austriacos este ataque repentino, se formaron en cuadro detrás de las barracas del campamento, y parapetados los tiradores en este abrigo, se servian de él para hacer un fuego vivísimo. Los dos valientes regimientos franceses de Dupas desalojaron á los tiradores enemigos, trescientos de los cuales hicieron prisioneros, dejaron atrás las líneas de las barracas, y se precipitaron sobre los cuadros. El 5.º de lijeros, que iba á la cabeza, rompió uno de esos cuadros, le cogió la bandera, y lo hizo prisionero. El 49.º apoyó esta accion vigorosa, secundándola igualmente dos batallones sajones agregados á Dupas, y los granaderos de Rudlof y de Melsch. Ya estaba próxima á

ser cortada la línea austriaca, cuando se recibió por detrás un fuego que causó suma sorpresa y mucha inquietud. Las dos columnas del ejército de Italia, una mandada por Macdonald, y otra por Grenier, despues de haberse arrojado al Russbach y haberle atravesado, subian la colina con el arma al brazo, é iban á juntarse con Dupas, cuando descubriendo á los sajones de éste, los tomaron por enemigos é hicieron fuego sobre ellos. Este ataque inesperado por la espalda, asustó á los sajones, y se replegaron tirando sobre las tropas de Macdonald y Grenier. Estas creyendo que les cargaban de frente, y sufriendo al mismo tiempo por el lado de Baumersdorf, que el cuerpo de Hohenzollern no habia dejado, un ataque de costado, sintieron una alarma que la oscuridad convirtió bien pronto en pánico. Precipitaronse de la colina, seguidas de los sajones espantados, y se dieron á la fuga en un desórden increíble. El único que quedó formando punta con sus dos regimientos franceses fué Dupas; pero le acometió por todas partes el cuerpo de Bellegarde que habia formado el archiduque Carlos mismo, y se vió obligado á ceder el terreno, evacuando la colina bajo cargas repetidas de infanteria y caballeria. Oudinot interrumpió el ataque de Baumersdorf, y Bernadotte abandonó á Wagram que casi habia conquistado, para acercarse á Aderklaa.

Aquella refriega costó á la division Dupas unos mil hombres, la dispersion de sus dos batallones sajones, que se habian entregado á los austriacos con demasiada precipitacion, y como unos mil hombres extraviados al ejército de Italia. Por fortuna la caballeria, lanzandose en todas direcciones,

no tardó en llevar á sus cuerpos los soldados aislados. Nuestro ejército, siempre valiente, tenia sin embargo menos experiencia que el de Austerlitz ó de Friedland, y era demasiado numeroso, estaba mezclado de elementos sobrado diferentes, para que fuera tan firme, sólido y maniobrero como en otro tiempo. Por lo demas, esta era una derrota de poca consecuencia entre el maravilloso paso que acababa de efectuar, y la ruidosa victoria que esperaba con fundamento alcanzar á la mañana siguiente.

Napoleon mandó á todos sus cuerpos que viajeran en las posiciones tomadas al concluir el día, siendo como siempre su centro de una gran fuerza, y capaz de dar auxilio á cualquiera de sus alas que lo necesitase. No habia ninguna leña en la llanura, y no se podia encender lumbre, lo cual era una privacion penosa, pues aun cuando se estaba en el mes de julio, la noche era fria. Cada cual se acostó sobre su capote, despues de haberse alimentado con galleta y aguardiente. Napoleon no tuvo para calentarse en su vivac otro fuego que unos haces de paja, y empleó varias horas en conferenciar con sus mariscales para darles á conocer bien sus intenciones, despidiéndolos antes que fuese de dia, escepto á Davout, á quien conservó á su lado hasta la aurora. Era la tercera noche que pasaba en pie ó á caballo.

Durante este tiempo el archiduque Carlos habia tomado al fin serias disposiciones para la batalla, considerando preciso á la mañana siguiente, ó arrollar al ejército francés hácia el Danubio ó rendir su espada al vencedor de Marengo y Austerlitz. Siempre habia tenido el generalísimo aus-

triacó el pensamiento, inspirado por el estudio antiquísimo de aquel campo de batalla, de oponer al movimiento ofensivo de los franceses su izquierda acampada en las alturas de Neusiedel á Wagram, y luego, mientras que los franceses estuvieran ocupados delante de aquella especie de campo atrincherado, tomar á su vez la ofensiva contra ellos con su derecha recogida por delante, caer así en su flanco, separarlos del Danubio, y cuando los hubiese reducido á tener que tomar la ofensiva, hacer bajar de las alturas de Wagram su izquierda misma, á fin de empujarlos hácia el rio con todas sus fuerzas reunidas. Esperaba ademas, que mientras que su izquierda defenderia las orillas del Russbach y su derecha atacaria á los franceses de costado, podria el archiduque Juan, volviendo á subir de Presburgo, ir á atacarles por la espalda, y que no se sostendrian contra semejante concurso de esfuerzos. Todo esto hubiera sido posible y aun probable, si maniobrando como Napoleon, hubiera llevado el archiduque al campo de batalla treinta ó cuarenta mil hombres mas que habria podido tener en él; si hubiera advertido con tiempo á su hermano el archiduque Juan; y, en fin, si aprovechándose de la circunstancia de que conocia anticipadamente el campo de batalla, hubiese amontonado entre Neusiedel y Wagram obras que hubiera hecho inespugnable aquel campo atrincherado. Entonces un ataque por el costado contra los franceses, causados ya con una tentativa infructuosa, hubiera producido resultados infalibles; pero, segun se ha visto, nada de todo esto habia hecho el archiduque Carlos; se habia limitado á levantar en el terreno, que era preciso